

La felicidad

Mónica Lavín

Mónica Lavín, autora de libros como Yo, la peor, Hotel Limbo y Café cortado, entre otros, vuelve en las páginas siguientes a las ambigüedades morales: un tiempo sutilmente paralelo, el de las comunas y las formas de vida alternativa, se filtra en un relato de viaje solo en apariencia simple y sin fisuras.

No es que los hubieran invitado, pero cuando vieron aquella casa a lo lejos, se salieron de la carretera y tomaron el camino de tierra que conducía a ella. Tampoco es que les gustara irrumpir en casa ajena ni que estuvieran acostumbrados a hacerlo, pero lo cierto es que el largo trayecto de Belice a Guatemala, las horas que les había tomado el cruce de frontera como si aquella pareja joven y el padre del chico en un tráiler fueran sospechosos los tenían hambrientos y con sed. Si se acercaban a la casa era para preguntar dónde podían comer. Conforme se aproximaban a la construcción de madera amarillada, los objetos que evidenciaban la vida de los ocupantes los confortaron: una bicicleta tirada sobre la hierba, una llanta pendiente de la rama de un árbol a manera de columpio, un tendido de sábanas en unas cuerdas. Seguramente el ruido de motor llamó la atención de quienes allí vivían porque, primero los niños, después dos mujeres menudas y rubias y luego un hombre con largas barbas salieron al pórtico y sonrieron como si estuvieran esperando esa visita. La pareja y el padre del joven descendieron de la cabina y fue este último quien tomó la delantera y saludó mezclando español e inglés y comprobando rápidamente que el inglés era la lengua con que se podía entender con aquella familia amable. Rose, Wendy y Bob se presentaron y señalaron a los niños indicando que eran Wayne y Stephanie. El hombre y los chicos también se presentaron y enseguida explicaron que andaban buscando un sitio para comer, que si los podían orientar, pero Rose, Wendy y Bob de inmediato insistieron en que fueran sus invitados, que esta-

ban preparando el almuerzo y que les encantaría compartirlo con ellos. Subrayaron la palabra compartirlo y entre los tres se miraron como cuando marido y mujer aprueban una decisión al aire, sin consultarla. Rose, que llevaba un overol del que sobresalían sus hombros cruzados por los tirantes turquesa del bikini, se dirigió a los niños para extenderles la noticia: Tenemos invitados, pongan tres lugares más en la mesa. Los niños, sin copiar las sonrisas acogedoras de sus padres, dijeron sí, mamá, y con gesto de fastidio entraron a la casa. Lávense las manos, indicó Wendy perdida en un volátil vestido rojo. Sí, mamá, contestaron los niños con desgano. La pareja se miró fugazmente, intentado disimular su descubrimiento y sin poder cruzar palabra, sólo el apretón de las manos los confabulaba. Habían oído hablar de comunas, de modelos distintos de convivencia, les parecía que conocían y que era suya la palabra libertad (¿acaso no era este viaje un derivado de ello?), pero ahora eran testigos de un modo de vida que se ajustaba a esa palabra. Cuando se sentaron a la mesa, un cazo con ensalada fue pasando de mano en mano para que todos se sirvieran y acompañaran el arroz con zanahorias, calabazas, germinados y huevo que era el plato fuerte. Eran vegetarianos, dijeron sonrientes, sentían no poder ofrecerles nada más pero la proteína estaba garantizada con los derivados animales y las leguminosas, dijo Wendy, lentejas y chícharos que se combinan con el arroz. El padre del chico, que viajaba con un surtido de vitaminas y minerales alineado cada mañana como cuentas de collar, aprobó los conocimientos de Wendy sobre la

alimentación y dijo que además eran alimentos ricos en lecitina, y que nadie tomaba en cuenta la lecitina. Durante la comida, mientras Wayne y Stephanie abrían la boca y enseñaban a las visitas el bolo alimenticio con proteínas vegetales cuando sus tres padres no los veían, los chicos y el padre del chico se enteraron de que los anfitriones eran holandeses. De Rotterdam, explicaron, un puerto industrial, y que se habían instalado en Orange, Belice, hacía cinco años, pues antes de que nacieran los pequeños los tres habían hecho un viaje a Tikal y estaban convencidos de que Centroamérica era el sitio para fundar una nueva vida, lejos de las convenciones del capitalismo y la hipocresía, con la fuerza mística de las culturas madre, señalaron. En Orange encontraron un pedazo de tierra que les rentaba un inglés, pariente de la madrastra de Rose, y como era muy complicado explicar aquello, todo se resumía a que allí estaban, tenían gallinas, hacían queso de soya, molían trigo y maíz para preparar el pan, cultivaban frutales porque con las hortalizas eran difíciles, el trópico no permitía que el tomate, por ejemplo, se diera: llovía mucho. Tenemos cajones de miel, indicó Rose cuando sirvió el postre, y ella era quien se encargaba de las abejas, los invitados tenían que probar la miel que era de flor de mango. Y pasó el tazón de aroma espeso para que las visitas chorrearan con aquel producto divino los mangos del huerto.

La pareja no cesaba de cruzar miradas; habían llegado a un territorio amarillo y dulce como la pulpa del mango que llevaban a la boca en jugosas mordidas. Tenían dieciocho años y estaban por decidir qué hacer con su vida, que allí, a la luz de ese dorado bienestar, les parecía hecha de asfalto y ruidos de motor, demasiada ropa y exámenes escolares, de insípida rutina. El padre del chico hablaba con entusiasmo, preguntando sobre métodos de cultivo, sobre la elaboración de la composta, sobre la recolección de agua. Acababa de vender su fábrica de rines de coche y se había comprado aquel tráiler para explorar qué haría con el resto de su vida. La pareja había sido invitada a acompañarlo en esta travesía de estreno de la libertad recuperada, si es que alguna vez la había tenido, les dijo cuando habló de sus planes. Ellos, deseosos de carretera y de estar juntos, se unieron a la curiosidad y fantasía del padre del chico. Sentían una alegre complicidad y asombro con aquel hombre veinticinco años mayor que ellos; suponían que era su disposición al viaje y a la aventura lo que los emocionaba. Entonces no sabían que compartían la misma pregunta: qué era la felicidad.

Cuando Rose, Wendy y Bob los invitaron a conocer el reservorio de agua con el que alimentaban la tubería de la casa y de la que bebían después de hervida, los tres iban exaltados por las bondades del paraíso que habían construido los anfitriones. Se podía vivir aislado, comer, tener casa, sonreír y quererse. Los chicos iban

despacio bajo el calor tropical, parapetándose con la sombra de los árboles del camino. Los niños montaron sus bicicletas y pasaron a su lado salpicándolos con el lodo de los charcos. Pero todo ello era placentero. Mucho más que tomar el camión para ir al centro de la ciudad, mucho más que las fiestas donde bailaban y bebían, mucho más incluso que ir a la Marquesa y subir a Cruz Blanca. Aquí estaban más juntos; el chico dijo que Aldo, su amigo, estaría feliz de acompañarlos. Ella entendía el sentido de aquel comentario: los tres incluso podrían ir de la mano y dormir acurrucados en la misma cama del tráiler si era necesario.

Bob, que como demostró era versado en cuestiones ingenieriles, explicó cómo escurría el agua por los costados del foso y de qué manera el desnivel la llevaba a otro reservorio desde el que iba entubada a la casa. La ligera pendiente era ideal para ello, la cantidad de lluvia también. Incluso si se desbordaba el jagüey, a través de los canales que habían trazado, el agua llegaba hasta el huerto y hacia el río más abajo, detalló. Bajo aquel sol en pleno cenit, los niños se quitaron las botas de hule y se desnudaron a toda prisa para tirarse al foso. Bob los miró complacido: El agua es fresca e irresistible, dijo a



Wynn Bullock, *Nude in Cobweb Window*, 1955

los invitados como si fuera el locutor de un anuncio. Y él también se sentó en una piedra para quitarse los zapatos. Wendy y Rose coincidieron y conminaron a las visitas a nadar: Tienen que refrescarse antes de seguir el camino. La pareja se miró de nuevo porque había dejado el traje de baño en el tráiler, pero ya sus anfitriones se despojaban del vestido rojo, del overol y el bikini azul y Bob de sus pantalones y camiseta porque él no usaba truzas. Qué molestas son, dijo, cuando vio que el padre del chico se quedaba en paños menores antes de exhibirse por completo. La chica miró a su novio titubeante. Seguían enfundados en sus pantalones y playeras, y peor aún, carecían de la pericia para quitárselos a toda prisa y lanzarse al frescor con la naturalidad de sus huéspedes. El chico comenzó: se quitó los tenis, la camiseta, y ella, sin mirar al padre del chico por pudor y por no verlo desnudo, a toda prisa se quitó la playera, el brassier y finalmente los pantalones y calzones; aventó la ropa descuidadamente sobre la hierba cuando vio que el chico se adelantaba para arrojarse al agua. Así, sola y desnuda en la orilla se sentía desvalida. Corrió detrás de él y más por tarea que por placer se arrojó al agua que transparentaba los cuerpos. Buscó al chico porque necesitaba su protección, pero eran Bob y Wendy quienes nadaban a su lado y alardeaban del bienestar de estos baños en agua cristalina. Rose surgió desnuda y rotunda en la otra orilla, el vello de su sexo ralo y escurriente, los pechos rosados y grandes, mientras la chica y el chico, separados el uno del otro, evitaban mirarse. La mujer le gritó a Wayne que no se orinara en ostentoso arco sobre el agua en donde todos se refrescaban. Y Wayne desapareció corriendo tras su hermana.

Los chicos comenzaron a sentirse cómodos bajo el agua y ante los otros. Conforme Wendy se acercó a Bob y lo abrazó con dulzura, conforme Rose se acercó y abrazó a Wendy, conforme Bob las besó a cada una tiernamente, y luego les dio una nalgada mientras se alejaban pataleando hacia el padre del chico, el pudor por la desnudez pareció abandonarlos. Era cosa del pasado, de la orilla minutos antes. Sumergido, cerca de la orilla, el padre del chico necesitaba un empujoncito, como dijeron Wendy y Rose, que lo retaron a una carrera. Entonces él sin chistar salió del retraimiento y emprendió el nado, dejándolas muy atrás mientras los chicos miraban sus nalgas blancas emerger de cuando en cuando. Los dos se vengaron de su triunfo salpicándolo con agua, y luego, cariñosas lo abrazaron. Rose lo besó en los labios y traviesa se fue nadando hacia Bob, que reía mientras Wendy besaba atrevidamente al invitado. Los chicos se acercaron más el uno al otro, allí debajo de esa agua, cuyo fondo fangoso pisaban. No se acercaron al resto, aun cuando Bob los llamaba incitándolos adonde él y Rose jugueteaban: él tomaba agua en sus manos y co-

mo desde un cuenco, la dejaba caer sobre los senos de la mujer. Los chicos no estaban preparados para compartir su desnudez con otros; les bastaba sentir sus cuerpos sumergidos latiendo con una pulsión que no se había manifestado de esa manera: investida de una libertad sin cortapisas, de una naturalidad de pulpa de mango. Se besaron las bocas mojadas y el sexo erguido de él rozó los muslos de ella. Habían hecho el amor antes del viaje y durante el trayecto se habían atrevido mientras el padre del chico dormía en la cama alta, y también cuando ella se tumbaba en la cama de atrás pues se había mareado en las curvas.

Esta vez, con el cercano cachondeo de los otros, se descubrían de manera secreta, prohibida. Había algo público y privado en aquel rozarse bajo el agua; su desnudez, que no era nada más de ellos, los exaltaba. No se hablaron ni dejaron que Bob los convenciera, entre ellos había suficiente misterio para añadir algo nuevo. Los niños se acercaron pidiendo que alguno de sus padres les pelara un mango verde y lo preparara con limón y sal. Rose dejó a Bob, Wendy al padre del chico y Bob dejó de llamar a la pareja y se dispuso a salir del agua y encargarse de los críos. Qué remedio, dijo, y los invitó a todos a comer mango verde. Los esperaba en el porche. El hombre paseó su desnudez de cuerpo velludo frente a todos y sólo la chica lo miró sin disimulo. La desnudez de los hombres era algo recién agregado a su experiencia, y comparó el sexo del chico con el de Bob que no se había circuncidado. Los pubis de Wendy y Rose, que pasaron sus carnes rosas cerca de ellos para vestirse y asistir al rito de mango verde, no le provocaron la misma curiosidad.

No advirtieron en qué momento el padre del chico se había salido para vestirse y, ahora que sólo quedaban ellos, tenían ganas de permanecer allí, de llevarles la contra a los otros y a los niños, de besarse rabiosamente porque habían participado de una definición de la felicidad que desconocían. Tampoco sabían si la querían para ellos, o si el padre del chico la adoptaría.

Se despidieron de Bob, Wendy y Rose y de los niños, Wayne y Stephanie, quienes corrieron junto al tráiler por el trecho polvoso del camino, arrojándoles huesos secos de mangos, irritados por ese mundo de sonrisas y convivios, de arroz con vegetales y agua del foso, de desnudez y cuerpos compartidos, de papá y mamá y los queremos mucho, por esa manera de ser felices. La pareja miró la carretera sin hacer caso del tiroteo sobre el metal, con las manos engarzadas como si se protegieran de la necesidad de encontrar respuestas. Cuando alcanzaron el asfalto y la camioneta se deslizó fluida, el padre del chico interrumpió el silencio: Gente buena estos holandeses. No respondieron, sólo se abandonaron al serpenteo del camino entre el verde luminoso del campo. ■